

I

LA ADIVINACIÓN DEL KUKRI AFGANO

Esta no es, en el sentido estricto de la expresión, una «historia de detectives», aunque trata sobre el descubrimiento de crímenes consumados e, incluso, de algunos que únicamente llegaron a planearse. Es decir, no encontramos aquí a ningún investigador extraordinario que avance decidido hacia la solución del misterio a través de un laberinto de deducciones científicas; lo único que hay es un instinto animal, presente también en ciertos tipos de naturaleza humana, que se utiliza más o menos por azar para esclarecer el incidente principal. Los ulteriores relatos de esta serie encajan de forma más apropiada en la definición popular del género, ya que narran los logros de Kala Persad en Inglaterra, donde lo llevarán para ejercer su don bajo los auspicios de una agencia profesional. Pero aun así, incluso en estos últimos casos, como se verá, la razón no tiene mucho que ver con los éxitos que marcarán su trayectoria en la ciudad de Londres.

El sinuoso camino, entreverado de espesos matorrales que hacían las veces de jardín en casa del recaudador del distrito, se distinguía clara y nítidamente hasta en su más mínimo detalle bajo la luna llena. Más allá del

muro del recinto, parpadeaban las luces de los bungalós en el acantonamiento y, aún más lejos, unas manchas irregulares de color púrpura dibujaban contra el horizonte las colinas de Purundhur. De la lejanía invisible llegaban los sonidos de la noche en la India. De vez en cuando reía una hiena, luego un chacal aullaba en el descampado detrás de los barracones de la Policía, y en la pequeña aldea más abajo, junto al *ghat*, a un kilómetro y medio de distancia, algún prócer del lugar batía el tam-tam con fervor infatigable.

En la veranda del bungaló del recaudador que daba al jardín colgaba una hilera de candiles, suspendidos por cadenas de plata, y bajo la lámpara central, saliendo del comedor, había una mesa de mimbre flanqueada por varias butacas de madera de Bombay. La desgastada cortina que cubría la puerta se abrió, y dos hombres salieron y tomaron asiento. El mayor, de unos cuarenta y cinco años, era muy alto y tenía unos ojos azules de mirada distraída, y unos rasgos finos y pálidos sobre los que resaltaba su largo bigote rubio. Su actitud traslucía cierto aire de aburrimiento, o quizá fuera la somnolencia de la sobremesa, que la tradicional hospitalidad angloíndia apenas se esforzaba por disimular. Era John Ames, recaudador del distrito, y en sus manos residía un poder más real que el de muchas personas con títulos diez veces más ostentosos. Su invitado, Mark Poignand, era un joven menudo y moreno, de veintisiete años, correctamente vestido para la ocasión, con un estilo moderno y elegante que delataba su reciente llegada al país. De hecho, había venido desde Inglaterra en el último correo, y ahora estaba cenando con él a resultas de una carta de presentación.

Hasta que el *khansamah* de turbante rojo que les había traído café y puros no hubo desaparecido por la esquina de la veranda, Poignand continuó con la charla banal, «de sociedad», que había constituido el eje central de su conversación durante la cena. Luego los dos permanecieron en silencio unos minutos, escuchando el aullido de los chacales y el retumbar del tam-tam, hasta que al fin Ames volvió a hablar.

—Imagino, señor Poignand, puesto que viene con una carta de presentación de lord Dingwall, que hay algún asunto particular en el que espera que yo pueda ayudarlo. Sé que se aloja usted con sus amigos los Merwood, y por ello no me atreveré a ofrecerle acomodo aquí. En otras circunstancias hubiera estado encantado de acogerlo.

Poignand movía una pierna con inquietud y, por primera vez, parecía no tener preparada una respuesta. Era la oportunidad que había estado esperando, por la que había recorrido medio mundo hasta llegar allí, pero ahora que se le presentaba así, sin previo aviso, no sabía muy bien cómo aprovecharla.

—Tiene razón —dijo al fin—. De haber tenido amigos, o más bien contactos, en Solapur, no lo hubiera importunado con una carta de presentación sin un motivo especial. Pero lord Dingwall creyó que su ayuda podría resultar inestimable. Para serle sincero, estoy aquí en una especie de comisión de investigación.

El recaudador esbozó una fría sonrisa.

—Nada que ver con la política, espero... ¿Acaso soy yo el objeto de tan amables atenciones? Debería advertirle desde el principio que por aquí no profesamos demasiada simpatía a los emisarios de la metró-

poli con esa clase de encomiendas.

—Mi cometido es absolutamente privado y de carácter no oficial —se apresuró a asegurar Poignand, e inclinándose un poco más hacia el otro, añadió—: Tengo entendido que es usted un amigo muy cercano del comandante Merwood y de su esposa, mi prima Lucy. ¿Está al tanto de que, en los últimos meses, alguien ha tratado de atentar al menos en dos ocasiones contra la vida de la señora Merwood?

El recaudador dirigió a su invitado una mirada inquisitiva, como si empezara a dudar de su cordura.

—Mi estimado señor Poignand, sin duda se ha dejado usted ofuscar por alguna confusión. Los Merwood, como sabe, son mis vecinos más próximos, su parcela colinda con la mía. En un mentidero como es este lugar, resultaría casi imposible que algo así sucediera sin que me enterase en apenas una hora. Si conociese nuestra forma de vida, no esperaría hacerme creer que noticias así viajan de un bungaló a otro hasta llegar a Inglaterra y al secretario de Estado para la India.

—Sin embargo, parece que así ha sido en este caso —replicó Poignand, con calma—. Hace dos meses, la señora Merwood se sobresaltó en mitad de la noche al oír un ruido en su dormitorio y se levantó a tiempo de ver la figura de un hombre desapareciendo por el ventanal de la veranda. Entonces fue a despertar a su esposo, que duerme en una habitación contigua que comunica directamente con la suya, y aunque este consideró el incidente como un intento de robo más que de agresión violenta, se levantó de inmediato para inspeccionar los alrededores, pero no halló rastro

de ningún merodeador que anduviera al acecho.

»Dos semanas después, la señora Merwood, que había seguido el ejemplo de su marido de no darle mayor importancia al asunto y, también siguiendo su consejo, no había dicho nada a nadie al respecto, vio una vez más perturbado su sueño, a las dos de la madrugada, por la caída de un jarrón de porcelana en su alcoba. Esta vez, las intenciones del intruso parecían más claras. De nuevo la señora Merwood distinguió una silueta que se movía deprisa, deslizándose no como en la ocasión anterior hacia la veranda, sino en dirección al dormitorio de su esposo, con el objetivo, supuso ella, de escapar por el ventanal de aquel en lugar de por el suyo. De un salto, se levantó de la cama y siguió a aquella sombra hasta la habitación del comandante pero, aunque reaccionó deprisa, no alcanzó a ver al fugitivo. Su marido dormía profundamente, pero cuando lo despertó, este recorrió nuevamente toda la propiedad, si bien no obtuvo mejores resultados que antes. Mientras él se ocupaba en esto, mi prima regresó a su cuarto y fue entonces cuando descubrió el hecho que arrojó una nueva y preocupante luz sobre todo aquello. En el suelo, no muy lejos del jarrón hecho añicos, vio una daga afgana, *kukri* creo que la llaman aquí, que en seguida reconoció como una de las piezas de la colección de armas que su esposo tenía expuesta en la pared de su dormitorio. Al momento se formó la idea de que su pretendido agresor había irrumpido en la casa del mismo modo que había huido, por la alcoba del comandante, y que se había armado con el valioso objeto de camino a la suya.

Poignand se detuvo un momento, esperando al

parecer algún tipo de comentario, pero el recaudador no se dignó más que espetarle, en tono despectivo, un «¿Y bien?»; de modo que prosiguió con su historia.

—En esta ocasión, como en la anterior, el comandante se esforzó por tranquilizar a su esposa, y le prometió que no dejaría piedra sin remover hasta llegar al fondo del misterio. Para ayudarlo en su empeño, le exigió que guardara al respecto el más absoluto secreto; demanda que, a juzgar por la ignorancia que ha demostrado usted sobre el asunto, ha cumplido de forma rigurosa. Sin embargo, mi prima no consideró que le estuviera prohibido escribir una carta a su madre contándole todo lo sucedido; y es a raíz de los temores suscitados por ella en nuestra familia por lo que he viajado hasta aquí, para cuidar de su seguridad. Mi tía, que es amiga personal de lord Dingwall, pensó que sería una buena idea utilizar su influencia en mi favor, y de ahí la carta de presentación que tuve el placer de entregarle ayer.

El tono concluyente en la voz de Poignand daba a entender que había llegado al final de la descripción de los hechos y que esperaba que Ames tomara ahora la palabra para enunciar alguna teoría. Pero fuera lo que fuese lo que pensara el recaudador, era evidente que no tenía la menor intención de dejarse arrastrar por ese camino. Primero arrojó la colilla de su puro a los matorrales, y luego se tomó el tiempo de encender otro antes de contestar.

—Espero que me disculpe, pero sigo sin entender dónde quiere ir a parar. Aun admitiendo que todo lo que me ha contado fuera verdad, ¿no creen usted o su familia que la persona más adecuada para hacerse

cargo del asunto es el marido de la dama en cuestión? No encontrará en este destacamento un hombre más capaz que él de solucionar algo así, puesto que es el magistrado del acantonamiento y conoce a todas las gentes de mal vivir en kilómetros a la redonda. ¿Ha venido hasta aquí con algo tan impreciso confiando en su propia perspicacia para lograr lo que el comandante, con todos sus recursos, no ha conseguido, o acaso tiene alguna sospecha concreta?

Esta última pregunta, tan directa, dejó ver a Poignand que su anfitrión era un hombre demasiado firme como para permitir que lo cargara con la responsabilidad de aventurar una primera conjetura, de modo que decidió abordar de inmediato el fondo del asunto.

—La familia de mi prima ha llegado a la conclusión de que es el propio comandante el que alberga malas intenciones contra su vida —le confió, bajando la voz hasta que no fue más que un susurro y mirando rápidamente a izquierda y derecha.

Apenas acabó de hablar, el miedo a que alguien más lo hubiera escuchado le hizo proferir una exclamación de alarma cuando vislumbró un movimiento entre las sombras al final de la veranda. Ames, que estaba a punto de dar una respuesta apropiada a la gravedad de aquella acusación, no pudo reprimir una sonrisa al seguir la dirección de su mirada. Para el recién llegado, esa figura erguida y enjuta que rondaba de acá para allá en la penumbra, donde la luz de las lámparas se confundía con la de la luna, debía parecer sin duda humana y, por tanto, un riesgo de que se difundiera el escándalo.

—Descuide —le tranquilizó el recaudador—, no tiene de qué preocuparse. Solo es un simio domesti-

cado, *Gobind*, un bello ejemplar que me traje de las montañas Nilgiri en la última estación cálida. Está ahí atado como guardián. Los nativos veneran a los monos, así que se cuidan de mantener las distancias.

Luego guardó silencio, como aliviado por la distracción que le había dispensado del deber de contestar de inmediato al espinoso asunto. Pero Poignand, una vez dado el paso, había perdido la timidez.

—¿Cree usted que puede haber algo detrás de esa teoría? —le preguntó.

—Creo que hay algo muy serio —repuso Ames—. El disparate más atroz que haya concebido la mente de un hombre. ¿De quién ha salido? De usted, imagino, ya que actúa en representación de los demás.

Hablaba atropelladamente y con cierta irritación, y según crecía el enojo de aquel hombre indolente, así se iba reafirmando el aplomo natural de su invitado. Poignand sonreía de un modo exasperante.

—Sí, en un principio la idea fue mía —admitió—, pero los otros comparten la misma opinión. Y no estará usted tan dispuesto a desestimarla cuando conozca mis razones, señor Ames. Se dan ciertas circunstancias que tienden a afianzar nuestra suposición.

—Tendrán que ser muy contundentes para vencerme —replicó el otro—. Para serle sincero, si no hubiera sido lord Dingwall el que hubiese confiado a mi cuidado a usted y a su bendita empresa, informaría de inmediato al comandante sobre el propósito de su viaje. Pero dada la situación, lo que sí le aseguro es que, al menos, no haré nada que contribuya a ultrajar a un hombre honorable. ¿Cuáles son esas circunstancias a las que se refiere?